

Stella Martini es una comprometida comunicadora social, continuadora de las investigaciones de Aníbal Ford, uno de los primeros pensadores argentinos que llamó a estar atentos sobre el papel de las noticias sobre el delito en la vida cotidiana. Stella Martini ha contribuido a abrir un campo de estudio cada vez más prolífico, aportando novedosas preguntas que pueden enriquecer las investigaciones que ensayamos todos los que estudiamos los delitos y las violencias. En sociedades vertebradas a través de los medios de comunicación y las redes sociales, la pregunta por el delito y las violencias es también una pregunta que habrá que explorar no perdiendo de vista las prácticas y discursos que se componen desde los transmedia. Stella es doctora en Ciencias Sociales (UBA), profesora en la carrera Ciencias de la Comunicación y en el Posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, investigadora del Instituto Gino Germani, autora de *Periodismo, noticia y noticiabilidad* (2000 y 2004), coautora junto a Lila Luchessi de *Los que hacen las noticias. Periodismo, información y poder* (2004); y coautora de numerosos libros que recogen las investigaciones que dirigió en los últimos, entre ellos, *La irrupción del delito en la vida cotidiana* (2009) y *La noticia hoy. Tensiones entre la política, el mercado y la tecnología* (2017) que coeditó junto a Marcelo Pereyra; y *Comunicación pública del crimen y gestión del control social* (2012) y *Crónicas de las violencias en la Argentina. Estudios de comunicación y medios* (2015) que coeditó junto a María Eugenia Contursi.

En esta entrevista Stella Martini describe las transformaciones de la noticia policial, un género con mucha historia y su impacto en la política. Repasa las tesis principales de sus investigaciones y plantea que el odio, la cultura del odio, es el sustrato de las noticias sobre el delito. La tesis que nos propone debatir es la siguiente: La noticia policial es una manera de procesar el racismo, la expresión de la cultura del odio. El pánico moral se alimenta de la cultura del odio tramitado a través de las noticias sobre el delito.

La cultura del odio: los rodeos del racismo de clase a través de las noticias policiales

Entrevista a Stella Martini

por **Esteban Rodríguez Alzueta**

¿Cómo llegaste a estos temas, por qué el delito ganó tu atención?

Hay motivos diversos, por un lado, tiene que ver con mi formación de origen. Yo vengo de Letras, especializada en literatura argentina. Siempre me gustó la literatura de la serie negra, los policiales, el universo del delito que rodeaba el policial. De hecho, en 1973 formaba parte de la cátedra de Aníbal Ford donde dábamos “Cultura y literatura popular”. Y después tiene que ver con las circunstancias que me tocaron vivir. En 1977 me fui al exilio a Venezuela donde viví en otra cultura de la violencia, una violencia agregada al delito, una violencia que no estaba en los medios, pero estaba en la calle, y que era muy distinta a la violencia que había vivido en la Argentina. Si bien en Venezuela me sentía que era libre, sin embargo, empezaba a sentir todo eso que estamos sintiendo ahora en Argentina: que te rompen el auto, que te roban en la calle, que te atacan, que te tenés que cuidar. Claro, Venezuela era una sociedad muy dividida, donde se cobraba peaje en las villas. Pensá que yo venía de militar en las villas donde no se cobraba peaje, por lo menos en aquella época. Entonces, la cultura de la violencia, del delito violento y del crimen de lesa humanidad fueron cosas que se me fueron mezclando muy temprano.

Después cuando regresé a la Argentina, justo cuando el delito de los militares empezaba a aparecer en los medios, me llamó la atención que se hablara con miedo de los crímenes del terrorismo de Estado, de la misma manera que después, durante el menemismo, me llamó la atención cómo se naturalizaban los crímenes vinculados a los negociados con el proceso de reforma del estado y las privatizaciones. Después vinieron los grandes crímenes y suicidios inducidos como los de Marcelo Cattaneo, el del Brigadier Rodolfo Etchegoyen, María Soledad Morales, el soldado Carrasco, Alfredo Yabrán, Cabezas. Es decir, había mucha naturalización en cómo se planteaban esos delitos en la prensa, salvo el de José Luís Cabezas. Una prensa que en los 90 iba cambiando día a día, sobre todo en el diario Clarín y La Nación. Porque el delito ya estaba en la prensa popular, pero empezaba a aparecer con más peso en la llamada prensa seria. Bueno, todo esto era algo que veníamos conversando con Aníbal Ford, que acaba de publicar su texto sobre casuística donde planteaba cómo un caso a medida que se desplazaba de una sección a la otra, iba mutando hasta llegar a adquirir un impacto concreto en la política nacional. Ahí es cuando empiezo a trabajar en una teoría de los medios, porque me parecía que una mejor manera de entender a los medios era investigando un género que tenía mucha historia en Argentina—porque ya lo encontrábamos en el diario Crítica de Botana—pero desde que se había instalado en la prensa seria estaba adoptando otras formas. Por ejemplo, la sección política era una sección donde ahora se contaban y describían crímenes, hechos de corrupción que escalaban hacia otros crímenes de sangre y se lo hacía sin espectacularizar demasiado hasta que descubrieron cuanta presión política podían meter a través de estas noticias. Mi tesis, entonces, fue que la noticia policial era una noticia política, que había que leer a la noticia policial como una noticia política. Aunque en verdad en la mejor prensa popular siempre fue así. Por ejemplo, Mario Botana utilizaba el delito para mostrar las malas condiciones de vida en que vivían los

sectores populares, usaba al policial para mostrar las violencias que padecían esos sectores.

¿Qué cambios notas en el tratamiento del delito en la prensa argentina? ¿Cómo ha influido el fenómeno de la “sensación de inseguridad” en el tratamiento del delito en las crónicas?

El corpus de mi investigación lo construí tomando noticias en la prensa de referencia en las etapas pre-electorales: tomé seis meses en el '63, previo a las elecciones que ganó Illia; después tomé seis meses en el '83, antes de que ganara Alfonsín; y seis meses en el 2003, antes de que ganara Kirchner. Al postular estas etapas quería salirme de las dictaduras o correrme de la crisis del 2001, porque implicaba abordar otras problemáticas. Luego, para verificar lo que iba encontrando use el '66, el '86 y el 2006 y lo que pude ver es que en la década del 60 la noticia policial no tenía espacio en esos diarios. Por ejemplo, en La Nación se veía que las noticias policiales—una estafa o los llamados entonces “crímenes pasionales”—estaban al lado de las noticias de espectáculos, de las necrológicas o las recetas de cocina. No sabían dónde ponerla, daba la sensación que estaban para rellenar. Esas noticias eran muy cortas, se contaban sin fuente, sin dar ni especificar demasiados datos, no había foros y no se instalaba ninguna serie. Esto va cambiando en la década del 80, donde empiezan a dedicarle cada vez más espacio y aparecen las fotos. Pero fue durante el menemismo donde se instala no solo los delitos por corrupción sino la amenaza del delito. Y la amenaza del delito tiene que ver, por ejemplo, con la necesidad de bajar la edad de imputabilidad de los menores. Me acuerdo que el diario Clarín, en el año 1994, publicó un titular que decía algo así como “Aumentan los delitos cometidos por menores”. También Clarín había dicho, haciéndose eco de una declaración del ex ministro Carlos Corach, que una enorme cantidad de delitos eran cometidos por extranjeros. Declaración que fue luego desmentida por el propio Jefe de la Policía Federal, quien dijo

además que no le constaba que había aumentado las detenciones y los delitos. Pero eso no interesaba, lo importante era poner a circular las declaraciones que todas las mañanas tiraba Corach. Porque la información tiene que circular, no importa si la noticia es verdad, mentira o un mito. Pero bueno... es en esta época cuando aparecen las noticias sobre las villas contadas con aquellas frases como “todos los villeros son criminales”. Y de esa manera se ve cómo empieza a ser un género que se afianza en la prensa seria o de referencia. Para cuando llega el caso de Axel Blumberg en 2004 ya se trata de un género muy consolidado en la televisión, pero muy modificado también. Porque los valores que organizaban el género policial ya no eran los valores de los sectores populares sino de la gente honrada, los vecinos decentes; y donde además se apelaba a la mano dura buscando alterar la ecología del código penal. Pero esto es algo que empieza en la década del 90, acompañando la expansión del neoliberalismo. Es ahí cuando los delitos adquieren mucha cobertura periodística, cuando los medios empiezan a fijar agenda a través del delito, mezclando todos los delitos, es decir, empiezan a hacer política con el delito. De hecho, después del caso Blumberg, cuando se produjo una suerte de amesetamiento de la ocurrencia del delito, la prensa televisiva continuaba hablando del “delito de cada día”, es decir, de la habitualidad del delito, un presente continuo del delito.

¿Y te parece que en la actualidad el tratamiento noticioso del delito es el mismo que en el 2004 o ha continuado transformándose?

Lo que veo en la actualidad, desde los medios, es que pareciera que el delito ha aumentado—y digo pareciera porque seguimos sin tener cifras. El delito se ha convertido en una noticia imprescindible en la cobertura televisiva. Y esto tiene que ver además con las transformaciones en la tecnología, porque ahora a través de los teléfonos móviles o las cámaras

de seguridad podemos cubrir asaltos, golpizas, asesinatos. Una tecnología que le permite al periodismo tener el registro del momento a momento y de esa manera reforzar esta idea del presente continuo del delito. Una tecnología que aporta imágenes que luego se reiteran una y otra vez, que nos llegan por las redes sociales, por la televisión, por la prensa escrita. Ahora, a mí me parece que esta *habitualidad* del delito nos está hablando de la impotencia frente al delito, de la impunidad y la terrible inseguridad, pero además hay una apelación a la *individualización* frente al delito. Esa individualización es propia del neoliberalismo, es un poco lo que había planteado también Jock Young en su libro *El vértigo de la modernidad tardía*. El delito sirve para disciplinar, pero digo “disciplinar” no en un sentido foucaultiano, sino en el sentido de que ahora es el individuo el que tiene que ocuparse de sí mismo, cada individuo tiene que ocuparse de su propia seguridad, sea encerrándose en su casa, no saliendo, contratando seguridad privada. Ocuparse de sí mismo es llevar una vida ordenada, porque la vida ordenada te ordena todo: te ordena el espacio público, te ordena el mundo del trabajo, y te ordena el mundo de la participación ciudadana.

¿Y cómo utiliza la política esta agenda securitaria de los medios?

Es difícil precisarlo, pero me parece que con el macrismo hemos visto un uso explícito tomando determinadas noticias como cortinas de humo para desviar la atención o para asustar a la gente. Alrededor del caso de Santiago Maldonado pudo verse muy claramente. El macrismo retomaba tematizaciones periodísticas para postular a determinados actores como enemigos, como *otros* sin derechos, como alguien que no tiene derecho a vivir. Y para que no tenga derechos, para que parte de la sociedad sienta que no tienen derecho a vivir, tiene que haberse instalado una cultura del odio. Esa cultura del odio hoy día está en casi toda la información periodística sobre delitos. Pero esa cultura del odio no es nueva. El macrismo lo único que hizo fue ponerle un poco de nafta a

algo que existe desde 1810 si no de antes; el macrismo lo que hizo fue sacarla a la superficie, alentarla. Esa cultura del odio se monta sobre un racismo que, en todos los países que hemos sido colonia, existe y es muy fuerte, aunque muchas veces no sea políticamente correcto expresarlo. Para matar a alguien y después salir a defender a la persona que lo mató, sea un policía o un carnicero, tiene que haber una cultura del odio instalada. Entonces la cultura del odio viene con una cultura de la represión. Lo que aparece y se expresa en los medios es que hay odio, una cultura del odio que antes no salía o no estaba tan explícitamente en los medios, pero que hoy es muy evidente. Entonces el odio es la expresión del racismo de clase, el odio es un efecto del racismo de clase, la expresión de tramas de significados que se fueron montando desde hace mucho tiempo. Si el macrismo pudo salir a defender al policía Chocobar es porque hay odio, un sustrato de racismo que genera odio. Por eso te decía que lo que hizo el macrismo fue ponerle nafta a esta trama cultural, a un imaginario social de larga data que alimenta y recrea el odio.

¿Para usted el pánico moral sería la expresión odio de un racismo de clase? ¿El odio es la reserva de racismo?

En toda noticia siempre hay algo que pertenece al orden de lo decible y al orden de lo no decible. Hay cosas que se pueden decir abiertamente y otras que no se pueden decir o se dicen a través de eufemismos o haciendo una serie de rodeos, como por ejemplo a través de la noticia policial sobre el delito. La información periodística sobre el delito colabora a un estado de alarma y de advertencia, de miedo y control social o disciplinamiento. Un disciplinamiento que aparece sobre todo en los sectores medios que van adquiriendo, van recordando, van actualizando esas formas de racismo, un racismo que necesitan una forma para expresarse. Y a mí me parece que la noticia policial le permite expresar ese odio. Recuerdo que en algunas localidades de los

alrededores de la ciudad de Córdoba como Mendiolaza o Villa Allende, algunos vecinos de clase media o clase media baja, ponían palas en las puertas de sus casas, una pala cruzada con otra pala que quería decir “en esta casa no somos planeros, en esta casa trabajamos, usamos la pala”. Esta forma despectiva de pensar a los titulares de planes es una forma de vincularlos al mundo del delito, porque el plan social es imaginado como una forma de cometer una estafa al estado: gente que dice trabajar, pero en realidad no hace nada. De esa manera se transforma el derecho en un delito. Y todo esto tiene cobertura periodística.

Pero volviendo al pánico moral, yo creo que es la *serie*, la repetición, lo que instala el pánico en la sociedad, siempre ha sido la *serialización* lo que ha producido el miedo, porque la serie es lo que luego lleva a la gente decir “lo dice la televisión”. Es a través de la serie, entonces, como se exageran aquellas formas del sentido común que están en ese imaginario social y que están a la mano de tanta literatura escrita, de tanta película. Y esa serie se instala no solo a través de la televisión sino también con las redes sociales. Porque las redes sociales tienen un gran papel multiplicador hoy día.

Ahora bien, vinculado a todo esto hay otro fenómeno contemporáneo que hay que tener muy presente: las llamadas *fake news*, las noticias falsas. Estas noticias falsas no hay que confundirlas con las simples mentiras, los rumores, las leyendas o mitos urbanos. Tampoco hay que confundirlas con la información falsa. Siempre hubo noticias falsas, pero las *fake news* son otra cosa. Lo novedoso de las *fake news* tiene que ver precisamente con la serialización. La mentira puede ser algo pasajero, dicho en algún momento y luego pasa, pero con las *fake news* sucede otra cosa: porque se trata de la repetición, de la multiplicación en serie de noticias falsas. La repetición es lo que hace que la gente diga después “se robaron un PBI completo”, “se robaron todo”, “te matan por un par de zapatillas”. Una serialización que tienen la capacidad de mezclarlo muchas cosas distintas que, dicho sea de paso, son cosas que además

sucedan en la ciudad de Buenos Aires o sus alrededores; es lo que Aníbal Ford llamó la “unitarización de la información”. Porque lo que sucede en Buenos Aires se explica en lo que sucede en el Conurbano o en los implantados del Conurbano en la ciudad de Buenos Aires, como Lugano, Barracas o el Bajo Flores. El periodismo se acerca al Conurbano para hacer foco siempre en el delito. No sabemos nada más del Conurbano. Si miramos el Conurbano a través del periodismo vemos que de ahí sale el delito y salen las marchas que cortan el Puente Pueyrredón e impide que la gente circule. Entonces a mí me parece que es esta reiteración de noticias falsas sobre lo mismo, noticias que casi siempre suceden en lugares muy específicos, va alimentando el pánico e instalando con ello el deseo hacia políticas de Tolerancia Cero. Esta reiteración es la que va produciendo un presente continuo del delito, una omnipresencia del delito, una naturalización del delito que es la que luego nos lleva a decir “ya no sabemos qué hacer”, lo que nos lleva a preguntar todo el tiempo “quién es el responsable” y lo que sobre todo nos lleva a pedir o naturalizar la represión. La naturalización hace que cualquier noticia falsa o rumor puede ser verdadero, no es necesario que se lo justifique, argumente, no necesite fuentes, porque las fuentes que cita—además—están comprometidas en las *fake news*. Esto hace precisamente que hoy las agendas políticas estén muy vinculadas a las agendas securitarias, porque la política se tramita a través del universo del delito, un delito que se cuenta a través de *fake news* hechas con odio, que alimentan el odio.

¿Por qué te parece que los periodistas fueron desplazando a los expertos en la discusión pública sobre el delito?

A mí me parece que hay una suerte de protocolo a la hora de contar las noticias que tienen que ver con la posibilidad de usar los dispositivos tecnológicos que mencionábamos recién que a su vez permiten postular la modernización del periodismo o la modernización del canal. Es más

rápido, más barato y más conmocionante también si se usan las cámaras y los largos testimonios de las víctimas, de los familiares de las víctimas y los vecinos. Un desplazamiento que tiene que ver además con la precarización del periodismo, la precarización del discurso periodístico, de la argumentación periodística, de los saberes de los periodistas. Un periodismo que cubre todo igual, con mucha liviandad, de manera enfática y apasionada, con muchas frases hechas o clisés; un periodismo que siempre plantea las mismas explicaciones simples para todas las cuestiones complejas, y que se la pasan hablando de la víctima, se meten en la vida de la víctima, hacen llorar a la víctima para hablar de la “sociedad desprotegida”. Quiero decir, en la victimización hay una crítica indirecta hacia el Estado, una responsabilización constante del Estado. Aunque al mismo tiempo hay que agregar que ese mismo periodismo vive haciéndose eco de aquellos funcionarios que están más cerca de la víctima, que le dicen lo que quieren escuchar. Quiero decirte, la cobertura periodística policial se ha transformado mucho en estos últimos tiempos, es una forma liviana de hablar de los conflictos sociales, y una manera de hablarle a determinados sectores de la sociedad, de vincular a estos sectores a determinados temas y de determinada manera. La noticia policial está dirigida a los sectores llenos de odio.